

Madurar hacia la infancia

Ediciones Siruela agradece a Piotr Kłoczowski
del Instituto de Documentación y Estudios de Literatura Polaca
de Varsovia el haber facilitado el material iconográfico

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Del prólogo, Francesco M. Cataluccio

© De la traducción, Elzbieta Bortkiewicz Morawska

© De la traducción del prólogo, María Condor

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-12-6

Depósito legal: M-22.214-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Bruno Schulz

MADURAR HACIA
LA INFANCIA

Relatos y dibujos

Prólogo de Francesco M. Cataluccio

Traducción del polaco
de Elzbieta Bortkiewicz

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Madurar hacia la infancia	
Francesco M. Cataluccio	11

MADURAR HACIA LA INFANCIA

Las tiendas de color canela	43
Agosto	45
Visitación	55
Los pájaros	63
Los maniqués	69
Tratado de maniqués o el segundo Libro del Génesis	76
Tratado de maniqués (continuación)	81
Tratado de maniqués (conclusión)	84
Nemrod	89
Pan	94
Don Karol	98
Las tiendas de color canela	102

La calle de los Cocodrilos	114
Las cucarachas	125
La tormenta	130
La noche de la Gran Temporada	137
Sanatorio bajo la clepsidra	151
El Libro	153
La época genial	169
La primavera	182
La noche de julio	255
Mi padre entra en el cuerpo de bomberos	262
El segundo otoño	270
La temporada muerta	275
Sanatorio bajo la clepsidra	292
Dodó	326
Edzio	336
El jubilado	347
Soledad	366
La última escapada de mi padre	369
El cometa	375
<i>Fragmentos</i>	397
Otoño	399
La república de los sueños	405
La patria	413
<i>Textos críticos y autocríticos</i>	421
La mitificación de la realidad	423
Lectura de <i>Las tiendas de color canela</i>	426

En los estudios de escritores y científicos polacos	429
Ferdydurke	431
A Witold Gombrowicz	441
Entrevista a Bruno Schulz de Stanislaw Ignacy Witkiewicz	448
Nota sobre <i>Civilizaciones primitivas</i> y <i>civ[ilizaciones] derivadas</i>	453
Posfacio a la edición polaca de <i>El proceso</i> de Kafka	455
Reseñas	460
 <i>Textos políticos</i>	483
Así nacen las leyendas	485
Libertad trágica	490
Cerca de Belvedere	497
 <i>Apéndice. El libro idolátrico</i>	501



MADURAR HACIA LA INFANCIA

Las tiendas de color canela*

* Título original: *Sklepy Cynamonowe.*

Agosto*

I

En julio, mi padre solía irse al balneario y me dejaba con mi madre y mi hermano mayor a la voluntad de los días veraniegos abrasadoramente blancos y alucinógenos. Ebrios de esta luz, hojeábamos el gran libro de las vacaciones, cuyas hojas ardían resplandecientemente y ocultaban en su fondo la pulpa de peras doradas, dulce hasta el desmayo.

Adela volvía en las mañanas luminosas, cual Pomona de fuego en un día acalorado, y vertía en su cesta la belleza policromada del sol: las cerezas brillantes, llenas de agua bajo su piel transparente, las guindas misteriosas y negras, cuyo aroma superaba su sabor, albaricoques, que escondían en su pulpa el jugo de largas tardes; y, aliado de esta poesía pura de las frutas, descargaba también trozos de carne con su teclado de costillas, y verduras con forma de algas, como crustáceos muertos y medusas, material crudo de la comida con ese sabor aún indefinido y yermo, ingredientes vegetales y telúricos con su aroma salvaje y campestre.

* Título original: «Sierpień».

Esos días, la oscura cara del primer piso que daba a la plaza del mercado era atravesada por el enorme verano; el silencio de las vibrantes capas aéreas, las baldosas de resplandor que dormían su sueño apasionado sobre el suelo; la melodía del organillo surgida de la veta dorada más profunda del día; dos o tres compases del estribillo interpretado al piano en algún lugar una y otra vez, desmayándose al sol sobre las aceras blancas, perdidas en el fuego del día profundo.

Tras hacer la limpieza, Adela hizo aparecer la sombra sobre las habitaciones cerrando las cortinas de hilo. Entonces, los colores bajaban una octava y el cuarto se oscurecía sumido en la claridad del abismo marítimo, reflejado opacamente en los espejos verdes, y todo el color del día respiraba entre las cortinas, que ondeaban ligeramente en los sueños del mediodía.

Los sábados por la tarde salía de paseo con mi madre. Desde la semioscuridad del recibidor se entraba directamente en el baño solar del día. Los peatones, tanteando en aquel oro, mantenían los ojos semicerrados por el ardor, casi como pegados con miel, y el labio superior subido descubría sus encías y sus dientes. Y quienes pisaban este día áureo llevaban ese rictus de calor, como si el sol impusiera a sus feligreses la misma máscara de la cofradía solar; y todos los que iban por la calle se encontraban, pasaban unos junto a otros, ancianos y jóvenes, niños y mujeres, se saludaban con esa careta pintada sobre los rostros con una gruesa capa de tizne dorado, exhibían ese rictus báquico, la máscara bárbara de un culto pagano.

La plaza del mercado estaba vacía, amarilla por el fuego, barrida por los vientos calurosos, igual que un desierto bíblico. Las espinosas acacias, crecidas en la soledad de la plaza amarilla, bullían con su hojarasca clara, sus ramos de filigranas verdes noblemente dispuestos, a semejanza de los gobelinos viejos. Parecía que los árboles excitasen el viento estremeciendo teatralmente sus coronas, para mostrar, en patéticas flexiones, la elegancia de sus abani-

cos foliáceos de vientos plateados como pieles preciosas de zorro.

Las viejas casas, pulidas por el viento de muchos días, se teñían con los reflejos de la gran atmósfera, los ecos y los recuerdos de los colores diseminados en la profundidad del tiempo policromático. Parecía que generaciones enteras de días estivales desconchaban (como artesanos pacientes quitando el moho de los estucos de las fachadas) los azulejos engañosos y día a día descubrían a la luz la faz verdadera de las casas, la fisonomía de la vida y del destino que iba formándolas desde su interior.

Ahora las ventanas dormían cegadas por el resplandor de la plaza desierta: los balcones confesaban su soledad al cielo, los vestíbulos abiertos olían a frescor y a vino.

Un hatajo de harapientos, salvado de la llameante ola de calor, se escondía en un rincón de la plaza, rodeaba un fragmento del muro y lo sometía a prueba sin cesar lanzando botones y monedas, como si pudieran leer el verdadero misterio del muro garabateado con jeroglíficos de lisuras y grietas que formaban el horóscopo de esos redondeles metálicos. Por otra parte, la plaza estaba vacía.

Se esperaba que se acercara al vestíbulo abovedado, lleno de los barriles del bodeguero, refugiado en las sombras de las acacias temblorosas, el asnillo del Samaritano llevado por el bozal, y que los dos sirvientes bajarían cuidadosamente a su amo enfermo de la silla que ardía y lo subirían por las escaleras frescas hacia el piso con olor a Sabbath.

Así recorrimos mi madre y yo los dos lados soleados de la plaza, arrastrando nuestras sombras truncadas por todas las casas como por un teclado. Las baldosas del pavimento pasaban lentamente bajo nuestros pasos suaves y llanos, unas de color rosa pálido como la piel humana, otras doradas y lívidas, todas ellas planas, cálidas, aterciopeladas bajo el sol, como unos rostros solares pisoteados hasta no poder reconocerlos, hasta albergar la plácida nada.

Al fin, en la esquina de la calle Stryjska, nos sumimos en la sombra de la farmacia. El enorme balón lleno de zumo

de frambuesa en el amplio escaparate simbolizaba el frescor de los bálsamos que podían aliviar cualquier dolencia. Unas cuantas casas más allá, la calle no podía mantener el decoro de la ciudad, como un campesino que, al regresar a su pueblo natal, se desviste por el camino de su elegancia urbana convirtiéndose, a medida que se acerca a su hogar, en un harapiento labriego.

Las casitas del extrarradio se ahogaban en las ventanas, en el frondoso y enredado florecer de sus pequeños jardines. Olvidadas por el gran día, señoreaban silenciosamente hierbas, flores y malezas, contentas con ese interludio que podían soñar en los márgenes del tiempo, en los confines del día infinito. Un enorme girasol, elevado sobre su potente tallo y enfermo de elefantiasis, esperaba en el luto amarillo de los últimos y tristes días de su existir doblándose bajo el tamaño exagerado de su monstruosa corpulencia. Mas, las ingenuas campanillas provincianas y las florecillas de percal, vivían impotentes en sus camisas rosas y blancas, sin mostrar comprensión hacia la gran tragedia del girasol.

II

La enrevesada profusión de hierbas, hierbajos, malezas y cardos hierve en el fuego del mediodía. La siesta del jardín vibra con el zumbido de las moscas. El rastrojo dorado grita al sol como la langosta parda; en la lluvia torrencial del fuego chillan las cigarras; las vainas explotan silenciosamente, como los grillos. En dirección a la valla, la mata de hierbas se eleva en una prominente colina jorobada, como si el jardín girara al revés en sueños y sus macizos hombros campesinos respiraran el silencio de la tierra. Sobre estos hombros del jardín la femenina y desaliñada frondosidad de agosto, crecida en los sordos precipicios de enormes bardanas, desbordaba las capas de escamas peludas de las hojas con sus grandes lenguas de verdor carnoso. Allí, esas

mujeronas apoltronadas se expandieron semidevoradoras por sus faldas airadas. Allí, el jardín vendía por nada los más baratos ramos de lilas salvajes, la semilla de plátanos olía a jabón, el aguardiente agreste de la menta y todas las fruslerías de agosto.

Pero al otro lado de la valla, detrás de la guarida del estío, en la cual dominaba la torpeza de los hierbajos atontados, había un vertedero invadido vorazmente por bardanas. Nadie sabía que, precisamente allí, agosto celebraba su orgía pagana. En este vertedero, apoyada contra la valla y cubierta de lilas salvajes, se hallaba la cama de la infeliz muchacha idiota, Tluya. Así la llamábamos todos. Sobre un montón de desperdicios, cazuelas viejas, zapatillas, ruinas y escombros se encontraba la cama pintada de verde, apoyada, a falta de patas, en dos ladrillos viejos.

Por encima de aquellos escombros, el aire, enfurecido por el calor, surcado por relámpagos de moscones excitados por el sol, chirriaba como matracas invisibles, incitando a la locura.

Tluya está acurrucada entre sábanas amarillas y harapos. Su cabeza enorme se eriza y se recoge en una cola de cabellos negros. Su cara se contrae como el fuelle de un acordeón. A cada rato, un rictus de llanto compone esa figura en miles de pliegues verticales, después la sorpresa vuelve a estirarlos, los alisa y descubre las rendijas de sus ojos pequeños y las encías húmedas con sus dientes amarillentos bajo un labio carnoso con forma de hocico. Pasan horas llenas de calor y aburrimiento en las que Tluya farfulla en voz baja, dormita, gruñe y carraspea. Las moscas la rodean en un espeso enjambre. Mas, de repente, todo ese montón de trapos sucios, harapos y trizas comienza a moverse animado por el runrún de las ratas. Las moscas se despiertan asustadas y forman un gran enjambre rugiente, plagado de rabiosos zumbidos, reflejos y reverberaciones. Y, mientras los trapos caen al suelo y se derraman sobre el vertedero como ratas alarmadas, surge entre ellas, poco a poco se desenmaraña, la raíz del vertedero: semidesnuda y morena, la

idiota se levanta lentamente y permanece, semejante a una deidad pagana, sobre sus piernas cortas e infantiles, mientras del cuello colmado de ira y de la cara enrojecida de rabia donde, como pinturas bárbaras, florecen los arabescos de sus venas hinchadas, se alza un grito animal, un rugido ronco surgido de los bronquios y las bocinas de ese pecho semianimal y semidivino. Las bardanas quemadas por el sol gritan, las plantas se hinchan y presumen de su carne indecente, los hierbajos beben su veneno brillante y la tonta, ronca en su alarido, golpea en convulsiones frenéticas, con apasionamiento feroz su regazo carnoso contra el tronco de lilas salvajes que chirría bajo la obstinación de esa pasión lujuriosa, encantado por todo ese coro de fecundidad desnaturalizada, pagana.

La madre de Tluya trabaja fregando suelos. Es una mujer pequeña y amarilla como el azafrán; también trata con azafrán los suelos, las mesas de pino, los bancos y las verjas, que limpia en las casas modestas. Una vez Adela me llevó a la casa de esa vieja Maryška. Era temprano, entramos en un cuarto pintado de azul en cuyo suelo de tierra batida yacía el sol del amanecer, que amarilleaba con fuerza en ese silencio matutino medido con el estridente crujir de un reloj campesino que colgaba de la pared. En un cajón cubierto de paja dormitaba Maryška la demente, pálida como la cal y silenciosa como un guante recién abandonado por su mano. El silencio, construido a la medida de su sueño, parloteaba amarillo, contrastado, mal silencio que monologaba, discutía, recitaba en voz alta y con vulgaridad su monólogo maniático. El tiempo de Maryška, ese tiempo aprisionado dentro de su alma, brotó de ella terriblemente real, creciendo en el silencio del amanecer del ruidoso reloj de agujas como la harina mala, la harina pulverulenta, la harina tonta de los locos.

III

En una de estas casitas, rodeada de varas de color marrón, sumida en el verdor abundante del jardín, vivía la tía Ágata. Al entrar pasábamos por el jardín delimitado por bolas de cristal coloreado colocadas sobre palos, rosas, verdes y violetas, evocadoras de mundos luminosos y claros, como esas imágenes ideales y felices encerradas en la perfección inalcanzable de las pompas de jabón. Hallábamos un aroma familiar en el vestíbulo semioscuro con sus viejos óleos carcomidos por el moho y cegados por la vejez. En este antiguo olor conocido cabía, en síntesis extraordinariamente simple, la vida de esta gente, el alambique de la raza, la clase de la sangre y el secreto de su destino, contenidos inadvertidamente en el sucederse diario de su propio tiempo. La vieja y sabia puerta, cuyos oscuros susurros dejaban entrar y salir a esa gente, como una testigo muda de los vaivenes de la madre, de las hijas y de los hijos, se abrió ante nosotros sin ruido, igual que las puertas de un armario, y nos introdujimos en el interior de sus vidas. Permanecían sentados a la sombra de su sino, sin defenderse. Sus primeros gestos torpes nos desvelaron su misterio. ¿Acaso no nos emparentaba la sangre y el destino?

La habitación era oscura y aterciopelada, tapices azul marino como un dibujo dorado cubrían sus senos, pero el eco del día llameante aún vibraba aquí con su color cobre sobre los marcos de los cuadros, los pomos y las ramas doradas, ya tamizados por el verdor espeso del jardín. Al lado de la pared se levantó la tía Ágata, colosal y exuberante, de carnes redondas y blancas, moteada por la herrumbre roja de las pecas. Nos sentamos junto a ellos, a la orilla de su destino, un poco avergonzados por este desamparo con el que se nos entregaban sin objeciones, y bebíamos jarabe de rosas, una bebida extraña en la cual hallé la esencia más profunda de ese sábado canicular.

La tía se quejaba. Y era ése el tono dominante de sus conversaciones, la voz de esa cara blanca y fértil, que parecía

flotar ya fuera de los límites de su persona a duras penas mantenida en su conjunto, en el núcleo de una forma individual e, incluso en ese conjunto, ya multiplicada y a punto de descomponerse, de ramificarse y de verterse sobre la familia. Era una fertilidad casi autosuficiente, una feminidad desprovista de frenos y patológicamente exuberante.

Sucedía que el simple aroma de lo masculino, el olor a humo de tabaco, el chiste varonil, podían impulsar a esa feminidad llameante en su lujuriosa proliferación. Y en realidad todas sus quejas del marido, del servicio, sus preocupaciones por los niños eran tan sólo caprichos de su fertilidad insatisfecha, la continuación de esa coquetería hosca, airada y llorona con la que castigaba en vano al marido. El tío Marek, pequeño, encorvado, con el rostro esterilizado por el sexo, se asentaba en su fracaso gris, asumiendo el destino a la sombra de un desprecio infinito en el que creía descansar. En sus ojos grises brillaba la lejana brisa del jardín que se extendía en la ventana. A veces, con un movimiento débil, intentaba hacer algunas observaciones, oponerse, pero la oleada de feminidad arrogante rechazaba este gesto sin importancia, pasaba triunfalmente junto a él y, con su estrepitosa marejada, ahogaba los débiles reflejos de su masculinidad.

Había algo trágico en esta fertilidad desaliñada y desmesurada, allí se hallaba esa miseria de la creación luchando en el límite de la nada y de la muerte, había un heroísmo de la feminidad que triunfa, en su fertilidad, sobre la invalidez de la naturaleza y sobre la insuficiencia del hombre. Sin embargo, la visión de la prole mostraba la razón de este pánico maternal, de esta locura de parir que se agotaba en fetos malogrados, en una generación efímera de fantasmas sin sangre ni rostro.

Entró Lucía, la mediana, una cabeza demasiado desarrollada y madura sobre un cuerpo rollizo de carne blanca y delicada. Me dio su manita de muñeca y de improviso floreció todo su rostro cual peonía desbordante en su plenitud rosa.

Infeliz a causa de los rubores, que desvelaban desvergonzadamente los secretos de la menstruación, entornaba los ojos y enrojecía aún más bajo el roce de las preguntas más indiferentes, por más que todas mantuvieran una alusión oculta a su virginidad hipersensible.

Emil, el mayor de los primos, con el bigote rubio claro en un rostro del que la vida había borrado cualquier expresión, paseaba por la habitación con las manos en los bolsillos de sus pantalones de pinzas.

Su traje, elegante y caro, llevaba el estigma de los países lejanos que acababa de visitar. Su cara, marchita y opaca, parecía día a día olvidarse de sí misma hasta convertirse en una pared blanca y vacía con una redecilla pálida de venitas en las que, como líneas en un mapa borroso, se confundían los recuerdos agonizantes de aquella vida tormentosa y desperdiciada. Era maestro en trucos de cartas, fumaba pipas largas y nobles y olía extrañamente a perfumes exóticos. Con la mirada errante por los viejos recuerdos, contaba anécdotas muy raras que se interrumpían repentinamente, se descomponían, se desvanecían en el vacío. Yo le seguía con mirada ansiosa, deseando que se fijara en mí y me rescatara de la tortura del aburrimiento. En realidad, me pareció que me guiñaba un ojo cuando se dirigía a la otra habitación. Lo seguí. Estaba sentado en un tresillo bajo con las rodillas cruzadas casi a la altura de su cabeza calva como una bola de billar. Parecía ser sólo un traje fruncido y arrugado colgado sobre el mueble. Su rostro era como el halo de una cara, como el soplo que algún desconocido hubiera dejado en el aire. Con sus manos pálidas y lacadas de azul hurgaba en un billetero.

Desde la niebla de su rostro surgió dificultosamente el blanco torvo de su ojo pálido, llamándome con un guiño burlón. Sentí una simpatía desbordante hacia él. Me sentó entre las rodillas y comenzó a mostrarme retratos de mujeres y muchachas desnudas en posiciones provocativas, mientras pasaba una a una las fotografías con sus diestras manos. Me apoyaba de lado contra él y miraba esos delica-

dos cuerpos humanos con ojos lejanos que se tornaron ciegos cuando me alcanzó el fluido de una confusa conmoción que espesó el aire de repente y recorrió mi cuerpo con un escalofrío de inquietud, una oleada de súbito entendimiento. Pero, en ese lapso, la sombra de sonrisa, ese germen de deseo que se dibujaba bajo su bigote suave y bello y que tensaba en sus sienes una vena palpitante, esa tensión que mantuvo durante unos instantes sus rasgos concentrados, cayeron en la nada y el rostro se alejó hacia la ausencia, se olvidó de sí mismo, se difuminó.